

de Dios, no consiguieron la perfeccion de la bienaventuranza: quando la Escritura dice que todo quedó perfeccionado en seis dias, no debemos creer que Dios tuvo necesidad como sino hubiera podido criarlo todo de una vez, y hacer que despues se notasen los tiempos por los movimientos convenientes: pero se explica de este modo para mostrar la perfeccion de las obras de Dios por la del número 6 que es un número perfecto. No quiso Dios santificar el dia séptimo con sus obras, sino con su descanso, el qual no tendrá fin: este es en resumen el contexto de los libros X y XI que comprehende este tomo VI. Vale.



LIBRO DÉCIMO.

CAPÍTULO I.

Que fué tambien doctrina de los Platónicos, que la verdadera bienaventuranza la da un solo Dios, ya sea á los ángeles, ya sea á los hombres; pero que resta averiguar si los que ellos entienden que por esta misma bienaventuranza deben ser adorados, quieren que sacrifiquemos solamente á Dios, ó á ellos tambien.

Es cierto é indubitado entre todos los que pueden aprovecharse del discurso y de la razon natural, que todos los hombres apetecen con eficaz deseo ser bienaventurados; pero en el ínterin que la humana imbecilidad procura averiguar exáctamente quienes son los bienaventurados, y la norma que observan para conseguir esta felicidad, han resultado de esta discusion muchas y célebres controversias, en cuya ana-

lizacion han consumido el tiempo y sus estudios los Filósofos, las cuales seria muy prolixo y nada necesario el intentar referirlas y averiguarlas: porque si el ingenioso lector recuerda lo que propusimos en el libro VIII acerca de la eleccion de los Filósofos, con quienes podia tratarse la cuestión sobre la vida bienaventurada que ha de suceder despues de la muerte, esto es, si podiamos alcanzarla adorando á un solo Dios verdadero ó á muchos Dioses, no será su voluntad que volvamos á repetir aquí lo mismo, mayormente pudiendo, con volver á leerlo si acaso se le hubiere olvidado, ayudar y refrescar la memoria. Elegimos con conocimiento de causa á los Platónicos, que justamente son los mas famosos y cordatos entre todos los Filósofos; porque así como pudieron comprehender con las luces de su entendimiento que el alma del hombre, aunque era inmortal, racional ó intelectual, con todo no podia ser bienaventurada sin la participacion de

la soberana luz de aquel por quien ella y el mundo fué criado, así tambien negaron que alguno pueda conseguir la eterna felicidad, que todos los hombres apetecen y desean, á no ser que se una con la pureza de un amor casto con aquel sumo bien, que es el inmutable y omnipotente Dios: mas por quanto los Platónicos, ya fuese rindiéndose á la vanidad y al error comun del pueblo, ó como insinúa el Apostol de las Gentes Pablo: *evanescentes in cogitationibus suis*: “desvaneciéndose con sus „imaginaciones y racionios”, opinaron ó quisieron que debian adorarse á muchos Dioses en tal conformidad, que aun algunos de ellos fueron de opinion que debian ser adorados con honras y sacrificios divinos los demonios (á los cuales hemos contextado ya en lo principal): ahora nos resta exâminar y averiguar, con el favor de Dios, como los inmortales y bienaventurados, que están en los celestiales Tronos, Dominaciones¹, Principados y Potestades,

á quienes los Platónicos llaman Dioses, y algunos de ellos ó demonios buenos, ó como nosotros ángeles, como ha de entenderse que quieren que los reverenciamos, y con que culto y religion quieren que los sirvamos, esto es, por decirlo mas claro, si quieren que los adoremos, ofrezcamos sacrificios y les consagremos algunas cosas de nuestro uso, ó á nosotros propios, con ritos y ceremonias sagradas, ó solamente á su Dios que lo es tambien nuestro: mediante á que este es el culto y religion que se debe tributar á la Divinidad, ó si hemos de decirlo con mas expresion, á la misma Deidad; pues para significar este culto y adoracion con sola una palabra, por quanto no me ocurre una latina acomodada al asunto, donde es necesario lo doy á entender, quiero decir, en la griega; porque los nuestros en qualquier parte que se halla en la sagrada Escritura esta voz latría², han interpretado servicio; pero el servicio que debe prestarse á los hom-

bres, conforme al qual prescribe el Apostol que los siervos estén sujetos á sus señores, suelen llamarle en griego con otro nombre: por el contrario la voz latría, segun el uso comun con que se explicaron los que nos interpretaron las sagradas letras, ó siempre ó frecuentísimamente conviniéron en que por ella se entendia el servicio que pertenece al culto y reverencia de Dios: pero si se dice culto ó reverencia solamente, parece que no es el que se debe á solo Dios; pues asimismo decimos, que honramos y reverenciamos á los hombres quando los nombriamo ó visitamos con respeto y sumision, y no solo acomodamos el nombre de culto, que se deriva del verbo colo, á los objetos á que nos rendimos con religiosa humillacion, sino tambien á algunos que nos están precisamente sujetos; mediante á que de este verbo sacan su etimologia y se dicen los agricolas, los colonos é íncolas, y á los mismos Dioses no por otra causa los llaman Celícolas, sino porque son íncolas

ó moradores del Cielo, no reverenciando á este, sino á los que habitan y moran en él, como unos colonos y habitantes del Cielo; no así como se llaman colonos³ los que deben el arrendamiento de las tierras, por utilidad ó fomento de la agricultura ó labranza, á los señores que las poseen, sino como dice un célebre autor de la lengua latina: "una „ciudad antigua fué ya en cierto tiempo ha- „bitada por los colonos Tirios: 4" porque de incolo que es habitar, llamó á los colonos, y no de la agricultura: por esta misma razon las ciudades que fundaron otras poblaciones mayores con la gente sobrante de su pueblo se llaman colonias, y aunque segun esta exposicion es sin duda verdad infalible, que el culto no se debe sino Dios por una significacion propia y literal de esta voz, por quanto el culto en el idioma latino se acomoda tambien á otras cosas; no obstante el que se debe á Dios no puede significarse en latin con una palabra sola, y juntamente la Religion, aun-

que parezca que significa mas distintamente, no qualquiera culto, sino el verdadero, único y propio de Dios; por cuya regla los nuestros interpretan con este nombre lo que en griego se dice Threscia⁵: mas porque segun el uso comun latino⁶ de explicarse no solo de los imperitos, sino tambien de los muy instruidos, se dice que se debe la Religion á las cognaciones humanas, á las afinidades y á cualesquiera parentescos; con esta palabra no excusamos la ambigüedad siempre que se trata de la cuestión sobre el culto de la Deidad: de forma que seguramente podemos pronunciar que la Religion no es sino un culto debido á Dios; por quanto pareçe que extraemos violentamente este nombre de la significacion de la humana cognacion ó deudage. Asimismo la piedad, á que los Griegos llaman Eusebia, propriamente suele significar el culto de Dios; con todo de ella se usa quando como humanos y agradecidos la exercemos con los padres, y conforme al comun len-

guage del vulgo ⁷ acomodamos este nombre ordinariamente á las obras de misericordia: cuya equivocacion sin duda ha procedido de que Dios manda principalmente que nos exercitemos en ellas, las quales dice que le agradan como sacrificios ó mas que sacrificios ⁸, y de este modo de hablar ha provenido el que llamamos piadoso al mismo Dios, á quien los Griegos mas eloqüentes por ningun pretexto le distinguen en su idioma con el nombre de Eusebin, sin embargo de que usen comunmente de la voz Eusebia por la misericordia: y así en algunos lugares de la sagrada Escritura, para que la presupuesta distincion se advirtiese mejor y fuese mas cierta, quisiéron mas decir no Eusebian, que suena como si se dixera buen culto, sino Theosebian, que es culto de Dios: no pudiendo dar á entender nosotros qualquiera significacion de las insinuadas con sola una palabra; así que lo que en griego se dice latria, en latin se interpreta servicio; pero

aquel con que reverenciamos á Dios, ó que se dice en griego Threscia, en latin se llama Religion: la que observamos para con Dios, ó lo que llaman Theosebia, y nosotros no podemos explicar con sola una palabra, la distinguimos con las voces de culto de Dios: este decimos que se debe tributar únicamente á aquel Dios, que es Dios verdadero y que hace Dioses á sus adoradores. Todos quantos inmortales y bienaventurados hay en las moradas celestiales, si no nos aman ni quieren que seamos bienaventurados, ciertamente que no debemos adorarlos: y si nos aman y estiman deseando que seamos eternamente felices, sin duda que con tan piadosa idea quieren que lo seamos del mismo modo que lo son ellos: y acaso ¿por qué causa han de ser ellos bienaventurados con una qualidad, y nosotros con otra distinta?

CAPÍTULO II.

*De lo que sintió Plotino Platónico
de la superior iluminacion.*

En la presente cuestión no sustentamos debate ni controversia alguna con estos insignes Filósofos, porque ellos notaron efectivamente y dexáron escrito abundantemente en sus libros en muchos lugares, que con el mismo medio que nosotros podemos adoptar llegan los ángeles á ser bienaventurados, teniendo por objeto una luz inteligible, que respecto de ellos es Dios, y es una cosa distinta de ellos con que son ilustrados para que resplandezcan, y que con su participacion son perfectos y bienaventurados. En repetidas ocasiones y distintos lugares afirma Plotino ⁹, declarando la opinion de Platon, que ni aun aquella misma que imaginan es el alma del universo es bienaventurada con otra qualidad distinta de la nuestra, y que aquella es una luz diversa de la otra, por quien ha sido cria-

da, y que iluminándola esta luz inteligiblemente resplandece el alma en el entendimiento: lo qual comprueba con un exemplo concerniente á las cosas incorpóreas, tomándole de los cuerpos celestiales grandes y visibles, diciendo que Dios es como el Sol ¹⁰, y el alma del mundo como la Luna: sienten así, por quanto creen que la Luna es iluminada con el objeto ó presencia del Sol. Añade, pues, aquel célebre Platónico que el alma racional (si acaso debemos llamarla mejor intelectual, de cuyo género entiende que son las almas de los inmortales y bienaventurados, de las que no duda afirmar habitan en los asientos ó tronos del Cielo) no tiene sobre sí otra naturaleza superior sino la de Dios que crió el mundo, y por quien fué asimismo criada, y que no les viene de otra parte á los soberanos espíritus la vida bienaventurada sino de donde nos viene á nosotros, conformándose en este punto con la doctrina evangélica, donde dice el Señor por

boca del Evangelista San Juan (a): "Fué un
 „hombre enviado de Dios ¹¹, cuyo nom-
 „bre era Juan; este vino por testigo para
 „que diese testimonio de la luz, y todos
 „creyeran por él ¹²; no era la luz ¹³ sino
 „para dar testimonio de la luz. Era la luz
 „verdadera, la qual alumbrá á todo hom-
 „bre ¹⁴ que viene á este mundo." ¹⁵ Con
 cuya diferencia se demuestra bastantemen-
 te que el alma racional ó intelectual qual
 era la que tenia Juan, no podia ser luz pa-
 ra sí mismo, sino que lucia con la parti-
 cipacion de otra verdadera luz: esto lo con-
 fiesa tambien el mismo Juan, quando tes-
 tificando de ella dice: *Nos omnes de ple-*
nitudine lejus accepimus: "todos nosotros
 „quanto hemos recibido, lo hemos recibido
 „de su plenitud."

(a) San Juan cap. 1. *Fuit homo missus à Deo, cui nomen erat Joannes, hic venit in testimonium, ut testimonium perhiberet de lumine, ut omnes crederent per illum, non erat ille lumen, sed ut testimonium perhiberet de lumine. Erat lumen verum, quod illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum.*

CAPÍTULO III.

Del verdadero culto de Dios, de quien aunque turviéron noticia como de un criador del universo, se desviáron de él los Platónicos, adorando á los ángeles, ya fuesen buenos, yá fuesen malos, como á Dios.

Siendo cierta é indubitable esta doctrina, si los Platónicos y todos quantos sintiéron lo mismo, conociendo á Dios, le glorificaran como á tal, y tributaran rendidas gracias por los incomparables beneficios que reciben de su bondad, no hubieran inutilizado sus discursos y racionios, no hubieran dado en parte ocasion á los errores del pueblo, y en parte hubieran tenido bastante constancia para oponerse á ellos: sin duda confesaran que así los inmortales y bienaventurados, como nosotros los mortales y miserables, para poder llegar á ser inmortales y bienaventurados debemos adorar á un solo Dios de los Dioses, que es nuestro Dios y Señor, y tambien el suyo.

CAPÍTULO IV.

Que se debe sacrificio á un solo Dios verdadero.

A este gran Dios debemos nosotros tributar el culto que en griego se dice latria, ya sea por lo respectivo á todos los sacramentos y misterios, ya sea respecto de nosotros mismos: porque todos juntos unidos por la caridad en la sociedad christiana somos y representamos su templo, y cada uno de por sí somos sus verdaderos templos, para que así pueda decirse con verdad que habita en la unánime concordia de todos ¹⁶ y en cada uno de por sí, no siendo mayor en todos que en cada uno respectivamente: mediante á que ni con la grandeza se extiende y dilata, ni repartido entre todos se disminuye en lo mas mínimo. Quando tenemos nuestro corazon levantado y puesto en Dios ¹⁷, contemplando sus perfecciones, poder y misericordia,

entónces esta meditacion es su verdadero altar, logrando aplacar su justa indignacion por la mediacion de un Sacerdote que es su Unigénito ¹⁸; ofrecémosle sangrientas víctimas quando peleamos valerosamente en defensa de las verdades de su incontrastable fe hasta derramar la sangre, y rendir la vida en testimonio de estas verdades indefectibles: quemamos y le ofrecemos un suavísimo y odorífero incienso, quando postrados ante su divina presencia nos abrasamos en su santo é inefable amor; ofrecémosle sus dones en nosotros ¹⁹ y á nosotros mismos, y en esta oblacion piadosa le volvemos lo que realmente es suyo, le consagramos y dedicamos en ciertos dias solemnes y festivos la memoria y recordacion de sus beneficios, para que con el transcurso de los tiempos no se apodere de nuestro corazon la ingratitud y olvido de sus misericordias: le sacrificamos una hostia de humildad y alabanza en el ara ó templo vivo de nuestra alma, con el ardiente

fuego de una caridad fervorosa. Con el laudable objeto de poder ver á este Señor del modo que puede ser visto, y de unirnos con él, nos lavamos y purificamos de todas las máculas de los pecados y apetitos malos é impuros, y nos consagramos baxo sus divinos auspicios: en atencion á que el Señor Dios todo poderoso es la fuente inagotable de nuestra bienaventuranza, es el único fin de todos nuestros deseos, y eligiendo á este Señor por nuestro único Dios, ó por mejor decir, reelegiéndole, por quanto siendo indolentes y negligentes le hemos perdido; reelegiéndole, digo (de cuyo verbo dicen procedió la voz Religion)²⁰, caminemos á él por la predileccion y el amor, para que llegando á gozar de la vision intuitiva de su Deidad, descansemos eternamente en aquellas moradas eternas, donde seremos ciertamente bienaventurados, porque con tan glorioso fin seremos perfectos: nuestro bien y única felicidad, sobre cuyo último fin se han suscitado tan

acres disputas entre los Filósofos, no es otro que unirnos con el Señor y con un abrazo incorpóreo (si puede decirse así), ó con la espiritual union de este gran Dios, el alma intelectual se llene y fertilice de verdaderas virtudes²¹: pues este es el sumo bien que nos manda amemos solamente, quando nos dice por su Cronista y Evangelista San Mateo: ²² “con todo nuestro corazon, con
 „toda nuestra alma y con toda nuestra vir-
 „tud.” Á la posesion de este incomparable bien nos deben dirigir y encaminar los que verdaderamente nos aman, y nosotros debemos conducir á los que amamos tiernamente. Así se cumplen exáctamente aquellos dos preceptos divinos²³, en los quales como en compendio está cifrado todo lo que contiene la ley y los Profetas: “Ama-
 „rás ²⁴ á Dios ²⁵ tu ²⁶ Señor ²⁷ con todo tu
 „corazon ²⁸, con toda tu alma y con to-
 „do tu espíritu, y amarás á tu prójimo²⁹
 „como á tí mismo.” Para que el hombre supiese amarse á sí mismo le determinaron

un fin, al qual refiriese todas sus acciones para que fuese bienaventurado: porque el que se ama á sí mismo no apetece otra felicidad que el ser bienaventurado; cuyo último fin no es otro que unirse con Dios; por consiguiente el que sabe amarse á sí mismo, quando le mandan que ame al próximo como á sí mismo, ¿qué otra cosa le prescriben ³⁰ sino que en quanto pudiere le encargue y encomiende el amor de Dios? Este es el culto de Dios, esta la verdadera Religion, esta la recta piedad, este es el servicio y obsequio que se debe solamente á Dios. Qualquiera potestad inmortal por grande y excelente que sea su virtud, si nos ama como á sí misma, quiere para que seamos eternamente felices que estemos sujetos y rendidos á aquel Señor, á quien estando ella igualmente subordinada, es bienaventurada: luego si no adora á Dios es miserable, porque se priva de la felicidad de ver á Dios; pero si adora á Dios no quiere que la adoremos por Dios:

por el contrario ratifica y favorece con el vigor y sancion inviolable de su voluntad aquella divina sentencia donde dice la Escritura (a). "Qualquiera que sacrificase á otros Dioses que al Señor verdadero, sea castigado con pena de muerte:" Y omitiendo por ahora otras referencias que pertenecen al culto de la religion con que reverenciamos á Dios; á lo ménos no hay hombre sensato que se atreva á decir que lo que es el sacrificio no se deba sino solamente á Dios. Muchos ritos hemos tomado efectivamente del culto divino, y los hemos transferido y acomodado á las ceremonias con que honramos y reverenciamos á los hombres; ya sea por la demasiada humildad, ya por la lisonja maligna; pero á los que atribuimos estas invenciones son tenidos por hombres que llaman colendos y reverendos, y si están muy elevados adorandos ³¹: ¿pero quién creyó jamas que lo

(a) Exód. cap. 22, y libro de los Números cap. 20:
Sacrificans Diis eradicabitur, nisi Domino soli.